

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Pues ahora resulta que mi mamá siempre sí lee *fem*. Ha leído mis *Queridos diarios*. Esto se explica porque no pude resistir la tentación y yo misma se los llevé a enseñar.

Además de hacerme comentarios laudatorios porque para ella soy la mejor escritora del mundo —y nótese la ventaja de que mi madre me lea con ojos de madre—, me escribió un papelito donde, muy triste y preocupada, se dolía de mí. De verme “tan tensa”, “tan angustiada”, “tan sola”.

Pues claro. Si todo lo que escribo es sobre mis tensiones y mis angustias. Todavía no aprendo a escribir sobre los días agradables o sobre mi tranquilidad. Todavía siento que eso no es nada “importante”. Es como en psicoanálisis: los días que me sentía bien, decía que “no había nada qué contar.” Y todavía agarro el cuaderno y la pluma principalmente como desahogo.

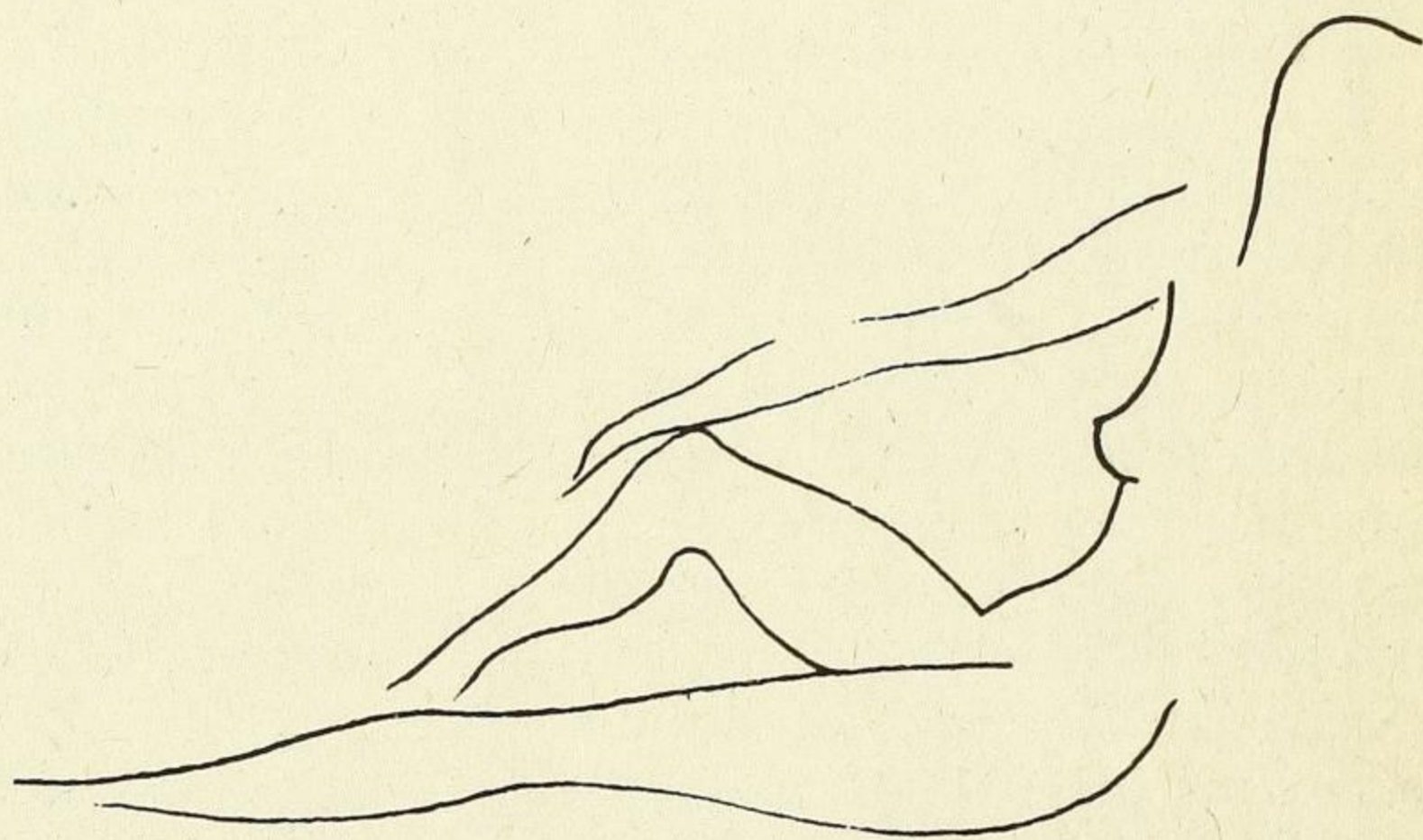
Esto me recordó a Carmen, una chava que acabo de conocer y que, platicando de feminismo, me decía que lo que le molestaba a veces de las feministas era ese resentimiento, ese tono entre agresivo y quejumbroso que tenemos casi todas.

Esos comentarios de mi mamá y de mi amiga me sorprendieron porque en general yo no me siento una mujer resentida, o así, que tú digas, TODO el tiempo está angustiada, o quejándose o sufriendo, palabra que no.

Más bien es por momentos: son días, son chispazos pasionales. Claro que en el proceso de conciencia que te da el feminismo, sale mucha ira: contra el patriarcado en general, contra algunos varones en particular, contra las mujeres que defienden a capa y espada su propio sometimiento, contra la gente que nos educó, contra “el sistema” y hasta contra una misma. Y ni modo; esa rabia es justa, y tarde o temprano tenía que salir. Por cierto que me he fijado que mi mamá no soporta mis arranques de furia, ni los más inofensivos. Se asusta de que manejando, encerrada en mi coche, vaya yo mentando madres en los embotellamientos, o que critique agriamente algo que estamos viendo en la TV.

Y yo insisto: juro que no soy una mujer permanentemente encabronada. Lo que pasa es que todavía mucha gente se asusta de que las mujeres manifiesten su ira. La norma es sentirse, cuando mucho, levemente irritada. Molesta. Ofendida. ¿Furiosa? ¿Que proteste cuando algo le parece injusto, en el trabajo, en política, en la calle? ¿Que suelte una carajos y mentadas? Nuestras madres no lo toleran; nos prefieren modosas. ¿Resentidas? Tal vez, pero que no se note. Que no se hable de ello. Porque la ira es pecado. Es preferible la agresividad pasiva de la víctima.

Y la soledad, claro. Esa preocupación de mi madre por verme divorciada, sola, “y tan joven”. Ella acaba de enviudar.



Mi padre murió hace seis meses, y ella todavía no se acostumbra a su ausencia. (Ni yo tampoco). Pero yo creo que ella compara su sufrimiento con el mío; cree que son iguales. Cree que yo llevo seis años padeciendo lo que ella ha vivido en estos últimos meses. Pero yo creo que no.

Porque en mi caso hubo una cierta elección; en el de ella, no. Además, en ella está todavía muy reciente el dolor de la separación; en mí ya se ha mitigado.

Y ¿cómo explicarle a mi mamá y a tanta gente que me mira con lástima por *no tener marido* que no es tan horrible, a pesar de que a veces una se queje? Ya viéndolo bien, casi con estadísticas en la mano, ¿quiénes se quejarán más? ¿Las casadas, las divorciadas, las viudas, las solteras?

Lo que pasa es que siempre de algo se tiene una que quejar. Yo, fuera de ciertos ataques de paidofobia, de furor uterino, de regresiones edípicas, de iras y envidias pasajeras y de melancolías varias, me la paso bastante bien, sola. Igualito de bien que cuando estuve felizmente casada. O igualito de mal. Que no es lo mismo pero es igual. Y lo que pasa es que mi mamá y muchas otras gentes están aferradas al mito de que si tienes pareja, necesariamente tienes que estar más feliz que si no. Yo le recuerdo a mi mamá y a las otras gentes sus quejas cotidianas de su vida matrimonial. . .

Yo la invito a que vea las ventajas de su soledad, a que descubra ese vivir desde sí misma y consigo misma, con todo su tiempo y toda su libertad. A que cultive y goce otras relaciones humanas, porque su soledad no es tan absoluta. A que se olvide de los mitos y disfrute su realidad, con todo y algunos días oscuros y tristes; a que se redescubra como la mujer valiosa que es y ha sido siempre, con marido y sin él.

Y yo misma me invito a dar otra imagen, a aprender a mostrar y a escribir que no estoy en el dolor continuo. Que aunque me sorprenda y me asuste, querido diario, ya no sufro por costumbre. Y que también puedo decir, muchas veces, que estoy bien. *fem*